

náticos, no podía fascinar por mucho tiempo á los hombres reflexivos, ni detener las conquistas de los cristianos. Por eso los paganos no dejaban su táctica de perseguir á éstos duramente y con la mayor violencia, aunque tampoco prosperasen con ella; y á continuación se verá cómo no interrumpian las persecuciones, antes se hicieron mas frecuentes y mas sangrientas que antes.

Habiendo ocupado el trono el emperador Filipo por una traicion, no tardó en sucumbir á consecuencia de otra. Las tropas de Pannonia se rebelaron, y el emperador confió el mando á Decio, hábil general, firme y experimentado, que le pareció mas propio para contenerlas, y que afectaba una gran lealtad. Mas los soldados, con miras de la impunidad, y para ganar la voluntad del nuevo general, se arrojaron á conferirle el imperio. Al punto le aceptó, y tomó sus medidas para mantenerse en él, marchando á Italia con su ejército para destruir á Filipo. Vencido éste en el primer encuentro cerca de Verona, fué asesinado por sus soldados en el mes de Julio del año 249, á los cuarenta y cinco de su edad, despues de reinar cinco y unos cuantos meses. Su hijo, llamado tambien Filipo, á quien habia asociado al imperio, aunque era entonces muy jóven, fué muerto en Roma poco tiempo despues, por las cohortes pretorianas, y al instante fué Decio reconocido emperador por unánime consentimiento del pueblo, del senado y del ejército. Pertenecía á una noble y antigua familia de la Pannonia, y se habia captado la estimacion por su talento militar, su actividad y amor á la justicia. Se preció de reformar los desórdenes introducidos en tiempo de Filipo, y sea que quiso apartarse en público de las máximas y conducta de aquel, ó que sencillamente siguiese sus naturales inclinaciones, y no consultase mas que su celo obstinado en favor de las supersticiones de la idolatría, ó últimamente, sea que obedeciese á sugestiones extrañas, se distinguió por su odio al cristianismo, y fué autor de una sangrienta persecucion, que Galo continuó tambien, sucediéndole en la crueldad como en el imperio.



LIBRO V.

DESDE LA PERSECUCION DE DECIO HASTA EL REINADO DE DIOCLECIANO.

CUANDO llegó Decio al imperio, habian gozado los cristianos por espacio de treinta y ocho años, de una tranquilidad que únicamente turbaron algunas sublevaciones populares, y la corta persecucion de Maximino. Muchos obispos, ilustres por su ciencia y sus virtudes, aprovecharon esta larga paz para arreglar la disciplina eclesiástica, para combatir las heregías, y propagar en todas partes el Evangelio. Habíase aumentado considerablemente el número de los fieles: se habian edificado iglesias en muchos puntos, y aun se habia principiado á destruir los templos de los idolos, en ciertas ciudades orientales (1); esto basta para juzgar cuán pocos paganos quedaban. Pero aunque siempre ofrecia la Iglesia grandes modelos de santidad, y aunque el don de milagros y de profecía eran todavía muy frecuentes; sin embargo, se distinguian ciertas sombras que no dejaban de ofuscar en parte el puro brillo con que resplandeció en los principios. Aumentábase la relajacion en los cristianos á proporcion de su número. «La mayor parte, decia San Cipriano, se afanan y trabajan para allegar riquezas, sin pensar, ni en los ejemplos dados por los primeros fieles, ni en lo que exigia la profesion de cristiano. Descuidábase la pureza de costumbres, y tambien las obras de caridad. Las mugeres gastaban afeites, los hombres se teñian la barba, las cejas y el cabello. Se inventaban artificios para engañar á los sencillos. Se prostituian á los infieles los miembros de Jesucristo con matrimonios ilícitos. Jurábase sin necesidad, y no habia tampoco reparo en ser perjuros. Abundaban entre los cristianos enconados odios y escandalosas divisiones. Se ultrajaban mutuamente con murmuraciones y calumnias, injurias y mentiras: estaban dominados del orgullo, y despreciaban á sus prelados con inaudita insolencia. Entre los sacerdotes parecia apagado el celo de la religion. Algunos obispos, en lugar de instruir á los pueblos y darles ejemplo, descuidaban sus funciones para ocuparse en negocios temporales, y dejando sus diócesis, recorrían las provincias, pasaban á las ferias, y se enriquecian con el comercio. No socorrian á los pobres de su Iglesia, ni pensaban mas que en aumentar su hacienda, empleando el engaño para apoderarse de los bienes agenos, ó aumentando sus rentas con intereses usurarios (2).» Para castigar los desórdenes de estos malos cristianos y reanimar

(1) Greg. Niss. *Vit. Thaum.*  
 (2) Ciprian. *De lapsis.*

la fé de los demas, permitió Dios la persecucion de Decio, una de las mas terribles que la Iglesia sufrió en los primeros siglos.

Este emperador, habiendo llegado á Roma al principio de su reinado, se apresuró á publicar un edicto sanguinario contra los cristianos, que mandó leyesen los pretores en los campamentos, y circuló á todos los gobernadores de las provincias, disponiendo que le hiciesen ejecutar rigorosamente, y se valieran de toda clase de tormentos para obligar á los fieles á que sacrificasen á los ídolos. Cundió en poco tiempo la persecucion por todas partes, y con su violencia produjo un terror y consternacion generales. De nada se hablaba sino de los horrosos suplicios que diariamente servian de espectáculo á los pueblos. No se ocupaban los magistrados en mas negocios que en buscar y castigar cristianos: las cárceles comunes eran insuficientes para encerrar á tantos como se aprisionaba por la fé; y fué necesario valerse de otros edificios públicos. Ninguno se creia seguro ni podia fiarse de otro. Los vecinos, los amigos, aun los parientes, se vendian bajamente unos á otros, creyendo que hacian un servicio á los dioses y un acto de caridad olvidando lo que debian á la naturaleza. Unos denunciaban á los que sabian que profesaban el cristianismo; otros se ocupaban en buscar á los que se escondian; otros perseguian á los fugitivos, ó se aprovechaban de su ausencia para cogerles los bienes: no se perdonaba á mugeres, ni á niños ni á ancianos. Se estudiaba con empeño el modo de prolongar los tormentos, para quitar la esperanza de la cercana muerte y vencer la paciencia de los mártires con dolores, al parecer, sin término. Las espadas, las hogueras, las fieras, las sillars de hierro ardiendo, los potros, los garfos y todos los instrumentos de muerte y de dolor, estaban á la vista, y se usaban como amenaza para alterar su constancia. No se avergonzaban de amenazar á las vírgenes y mugeres que las entregarían á las casas de prostitucion para emplearlas en la impureza pública, si no sacrificaban á los ídolos. Estos dos ejemplos prueban sobradamente hasta qué extremo llegaba la refinada crueldad de los jueces. Estando un mártir cubierto de llagas de resultas del potro y la aplicacion de planchas hechas ascuas, mandó el juez que le frotasen con miel todo el cuerpo, y le echasen boca abajo con las manos atadas á la espalda, para que le abrasara el sol y le devorasen las moscas. Otro, que era jóven, por órden del mismo juez, fué llevado á un delicioso jardin, y atado con cordones de seda á un blando colchon de pluma, entre rosas y lirios, cerca de un arroyo que corria con dulce murmullo, y bajo ramas de árboles ligeramente movidas por el viento. Allí hicieron ir á una conocida cortesana, notable por su belleza, que puso todo por obra para seducirle; de manera, que no hallando medio de libertarse de ella el santo mártir, mordió la lengua y se la partió, y la escupió á la cara de aquella muger infame.

La Iglesia tuvo que deplorar la caída de gran número de cristia-

nos, sobre todo entre los ricos, acostumbrados á los goces humanos. En la ciudad de Alejandría fueron muchos á presentarse voluntariamente á los magistrados. Los que tenían empleos, se dejaron precisados á comparecer para evacuar sus cargos; otros se dejaron seducir por sus parientes, y todos llamados individualmente se acercaban á los altares para sacrificar, pálidos unos y temblando como si los fueran á sacrificar á ellos mismos; de modo que los espectadores se burlaban de su miedo y confusion, viendo que tenían lo mismo apostatar que morir; otros mas resueltos y atrevidos, protestaban solemnemente que jamas habian sido cristianos. Varios se salvaron huyendo; pero muchos fueron detenidos, y algunos se dejaron vencer al instante por las incomodidades de la prision, ó sucumbieron, por último, al rigor de los tormentos, despues de haberlos sufrido mucho tiempo.

En Cartago ocurrieron los mismos escándalos, y su obispo, San Cipriano, nos refiere con qué facilidad los ricos caian en la apostasia. Casi todos sin esperar que los prendieran ó interrogasen, corrian ellos mismos á la plaza pública para tomar parte en las ceremonias de los paganos. Era tal su número y su prisa, que se vieron precisados los magistrados á dejar algunos hasta el dia inmediato, no obstante que los interesados se resistian á la dilacion. No faltaban personas que inducian á otras, ni quien llevase á sus hijos, presentándolos con sus manos, como para borrar ó desmentir en ellos el carácter de Jesucristo, haciéndoles perder la gracia del bautismo (1).

En todas las provincias se hallaban muchos cristianos flojos ó débiles, que cedian al temor ó á la violencia de los tormentos. Tambien el clero tuvo sus apóstatas, y aun se contaron entre ellos presbíteros y obispos. Muchos sacrificaron á los ídolos, y arrastraron consigo parte de sus ovejas: citanse algunos de Africa, los de Leon y Mérida en España, y el de Smirna en el Asia menor; todos estos fueron, en consecuencia, depuestos y excomulgados por diferentes concilios, en cuanto se restituyó la paz á la Iglesia.

Ademas de los cristianos que se entregaron á estos actos de idolatría, ya ofreciendo sacrificios ó incienso, ya comiendo las carnes inmoladas, hubo otros que con dinero se libertaron de la persecucion, dando á los magistrados, ó recibiendo de ellos una cédula en que se certificaba que habian renunciado al cristianismo, aunque no hacian otra cosa que esta simulada declaracion, para evitar el sacrificio ó excusarse la afrenta de una apostasia pública. Por esta cédula se los llamó *libeláticos*, y fueron considerados entre los que habian renunciado la fé, porque en efecto, le hicieron traicion con su cobardía.

Quiso Dios castigar visiblemente á algunos de los apóstatas pa-

(1) Cip. *De lapsis*.

ra que sirviesen á otros de ejemplo: uno de estos desgraciados emudeció apenas pronunció el nombre de Jesucristo. De una mujer se apoderó el demonio, la arrojó al suelo y la arrastró con tal furor, que ella misma se comió la lengua y murió á poco, sufriendo horribles dolores en las entrañas. Otra cuya apostasia era secreta, habiendo recibido la Eucaristía en la junta de los fieles, sintió de repente una especie de sofocacion, con temblor general en todo el cuerpo, acompañado de unos dolores tan violentos en la garganta y estómago, que murió á pocos minutos. Abriendo otra una alacena en que tenia guardada la Eucaristía, que los cristianos acostumbraban llevar á sus casas para tomarla, y mas en los tiempos de persecucion, salió una llama que la impidió el llegar á tocarla. Un hombre culpado como los anteriores, se mezcló entre los fieles para la celebracion del sacrificio, y habiendo recibido su porcion como los otros, no halló mas que ceniza en las manos cuando las abrió. Muchos de estos apóstatas fueron entregados á los demonios: otros perdieron la razon y se pusieron furiosos. Se puede anotar en este lugar como un ejemplo patente de que Dios se sirvió para manifestar el respeto que se debe á los santos misterios, el accidente ocurrido á una niña que aun estaba mamando: su nodriza la llevó al lugar destinado á los sacrificios, donde los magistrados le dieron para comer un poco de pan mojado en el vino ofrecido á los ídolos: tomando la madre á su hija, sin saber lo que habia pasado, la llevó á la iglesia á la hora de los oficios; pero la niña no cesó de llorar y agitarse con violencia, y cuando el diácono presentó el caliz á los concurrentes para la comunión, llegada su vez á la niña, volvió la cabeza á otro lado y como por natural instinto, y apretó los labios fuertemente sin querer beber. Insistió el diácono y le hizo tragar por fuerza las especies sacramentales; pero al momento sintió la criatura ansias y opresion del corazón, y vomitó cuanto habia recibido. Estos hechos los refiere San Cipriano, testigo presencial de algunos.

Si ocasionó muchas apostasias la violencia de la persecucion, tambien hizo brillar la fé de ininidad de cristianos que se mantuvieron firmes en medio de los mas crueles tormentos, y sacrificaron generosamente su libertad y su vida por el nombre de Jesucristo. Muchos se desterraron voluntariamente y sufrieron gustosos la pérdida de sus bienes, que les fueron inmediatamente confiscados. Otros se retiraron á los montes y á los desiertos, donde fueron devorados por las fieras, ó perecieron de hambre, de frío ó enfermedades. Cayeron otros en manos de ladrones ó salvajes, y fueron asesinados ó retenidos como esclavos. Algunos se pudieron rescatar; pero la mayor parte quedaron, y por mas que se los buscó, no pndo saberse lo que habia sido de ellos. Entre los últimos se cuenta á Queremon, obispo de Nilópolis, en Egipto, que á pesar de su edad decrepita, se fugó y retiró con su familia á una montaña, ex-

puesta á las incursiones de los sarracenos: porque siempre buscaban los fieles un parage retirado en los desiertos de la Arabia y de la Tebaida, y su ejemplo contribuyó en adelante para poblar de anacoretas estos lugares inhabitados en tiempos anteriores.

Entre otros fugitivos que se embarcaron en aquellas soledades, huyendo de las persecuciones, se halla uno muy ilustre, el primer ermitaño San Pablo, á quien los hombres no habian descubierto aún cuando llevaba noventa años de vida eremítica. Era natural de la Tebaida baja, y quedó á los quince años heredero de un rico patrimonio por el fallecimiento de los autores de sus dias; pero ni sus muchos bienes, ni las pasiones juveniles, fueron capaces de pervertir su corazon, formado desde el principio para la piedad. Como le hacia temer su humildad la exposicion á los tormentos, se ocultó desde luego en una casa de campo, y al punto supo que no estaba en ella muy seguro, porque un cuñado suyo le queria denunciar para aprovecharse de la herencia. Retiróse, pues, á una montaña escarpada y distante á esperar el fin de la persecucion. Mas se iba aficionando insensiblemente á la soledad, á que se entregó por necesidad; y adelantando por aquellos desiertos, encontró al pié de una roca una espaciosa cueva bien repartida é iluminada por una claraboya que habia en la parte superior: tenia una losa por puerta, y le daba sombra una gran palmera que adornaba la entrada con sus ramas: un arroyo de puras y abundantes aguas bajaba de la montaña y serpenteaba por delante de la cueva, mas arriba de la cual iba á perderse bajo tierra. En esta gruta se detuvo San Pablo, resuelto á fijar su residencia en ella, y allí vivió hasta la edad de ciento trece años: cuando la escogió, tenia veintitres. Gozaba en la meditacion y la oracion, una felicidad inexplicable, incapaz de hallarse en todos los deleites humanos. A veces despues de haber pasado toda la noche orando, le parecia que se habia apresurado la venida del dia, porque le interrumpia la dulzura de sus coloquios con Dios. Recordaba otras veces la confusion y tumulto de las diferentes pasiones que agitan el mundo, y lamentándose de esta ceguedad de los hombres, redoblaba sus bendiciones á la bondad divina, que le proporcionaba en el reposo de la soledad y de la inocencia un sabor anticipado de la felicidad del cielo. Luego veremos cómo este dichoso retiro fué revelado á San Antonio.

El Papa San Fabian pereció entre las primeras victimas de la persecucion el 20 de Enero de 250, despues de haber ocupado la Santa Sede trece años. Desde su pontificado principiaron á contarse mas cierta y precisamente los años de los Papas. Para darle stessor era preciso esperar á que se recobrara alguna libertad; porque muchos presbiteros de Roma y la mayor parte de los obispos estaban presos entones ó escondidos: por esta razon vacó la silla pontifical cerca de diez y ocho meses. Hasta nueva eleccion tomó el clero el gobierno superior de la Iglesia.

A pocos dias del martirio de San Fabian, pusieron en la cárcel á los presbíteros San Moisés y Máximo, al diácono Nicostrato y á otros muchos cristianos, siendo los mas notables, Urbano, Sidonio, Macario y sobre todo San Celerino. Mas de un año estuvieron presos, y sufrieron con el mayor valor el hambre, la sed, las mas duras privaciones y todo género de tormentos, antes que renunciar á su fe. Desde esta prision escribieron á la Iglesia de Cartago una carta de que hablaremos luego, relativa á los apóstatas que pedian reconciliarse con la Iglesia. Despues fueron puestos en libertad; pero algunos perdieron el mérito que adquirieran con tanto padecimiento, adhiriéndose al cisma de Novaciano. San Moisés se declaró abiertamente contra él, y sufrió el martirio muy luego, ya fuese que no le soltaran como á los otros confesores, ó ya que le volviesen á prender. De los primeros que pusieron en libertad, fué San Celerino, acaso en gracia de su juventud, y luego pasó de Roma á Cartago á las órdenes de San Cipriano, que le agregó á su Iglesia en calidad de lector. Habia confesado á Jesucristo en presencia del mismo emperador, y habia estado encerrado diez y nueve dias, con esposas de hierro en las manos y sujetos los pies en un cepo; todavia llevaba las cicatrices que atestiguanban aquellos padecimientos. Ademas tenia en su familia grandes ejemplos de esta generosa firmeza, porque Santa Celerina, su abuela, y sus tios San Laurentino y San Ignacio, sufrieron la muerte por el nombre de Jesucristo durante la persecucion de Severo. Pero tambien tuvo una hermana que no pudo superar los tormentos; y no contento él con llorar dia y noche, y ayunar, y orar sin cesar para alcanzarlo el perdon de aquella culpa, escribió á un amigo que tenia en Cartago, á fin de solicitar en favor de ella y de algunos otros la intercesion de los confesores de Africa.

Otra multitud de mártires padecieron en Roma y en el resto de Italia; pero no han parecido sus actas, y por tanto es muy poco lo que puede referirse de ellos: no obstante, la celebridad de su culto y nombres prueba bastante lo glorioso que fué el testimonio que dieron por la fe de Jesucristo. San Abdón y San Senen, que eran persas de origen y á la sazón se hallaban en Roma, fueron decapitados despues de sufrir varios tormentos. Enterrados sus cuerpos en casa de un subdiácono, permanecieron ocultos allí hasta que se supo por revelacion en el reinado de Constantino, y fueron trasladados al cementerio de Ponciano (en el camino de Porto), al que ha solido darse el nombre de estos santos mártires. Dos vírgenes cristianas, Santa Victoria y Santa Anatolia, ambas romanas, fueron martirizadas en el pais de los sabinos, donde las habian conducido, con licencia del emperador, á las haciendas de dos ciudadanos riquísimos que trataban de casarse con ellas, y que emplearon en vano toda clase de tormentos para obligarlas á que consintieran en su propuesta. Los santos Secundiano, Veriano y Marcelino, que

al principio se mostraron celosos ministros de la persecucion, se convirtieron luego al ver la inalterable firmeza de los mártires; y despues de haber sufrido en Roma muchos tormentos, les cortaron la cabeza en Etruria, donde son honrados como patronos de Toscana, Corneto y Civita Vecchia. En los martirologios se mencionan muchísimos, de los cuales solo podremos citar á San Miniato, que dió su nombre á una villa de Toscana; y á quien Florencia aclama su patrono; á San Magno, celebrado con solemnes cultos en Anagni; y á San Feliciano, venerado por apóstol y patron de la Iglesia de Foligni en la Umbria.

Nada hay mas glorioso y brillante que el martirio de Santa Agueda, vírgen cristiana. Sufrióle en Catania de Sicilia, dejando un nombre ilustre que la Iglesia en consideracion á los elogios de muchos santos, ingirió en el cánon de la misa. Pertenecia á una noble y rica familia, y consagrada á Dios desde la infancia, salió victoriosa de todos los combates que tuvo que sostener en defensa de su castidad contra los esfuerzos del demonio. Las actas que tenemos de su martirio, traen algunos pormenores; pero no es segura su autenticidad: sin embargo, creemos propio de nuestro deber citar algunas circunstancias en que al parecer no cabe duda. Quintiano, gobernador de Sicilia, oyendo hablar de la belleza y grandes riquezas de Agueda, se valió del pretexto de los edictos que proscribian á los cristianos, para robarla. Pásole primeramente en poder de una muger de mala vida, que se dedicó por espacio de un mes á disuadirla de su firme propósito de conservar la virginidad. Despues la hizo llevar á sus estrados donde empleó los ruegos y amenazas para obligarla á renegar; pero no pudiendo conseguirlo, mandó que la presentasen al dia siguiente en su tribunal, y la condenó á sufrir en el potro los mas atroces tormentos: de allí á algunos dias dispuso que la arrastrasen desnuda sobre guijarros mezclados con carbones encendidos; y habiéndola conducido en seguida á la cárcel, no tardó en espirar. Refiérese que por su intercesion se han obrado junto á su sepulcro infinitos milagros.

Aunque no parezca verosímil que las Galias se eximiesen de esta persecucion, la historia no nos ha dejado relacion particular de ella. Del mismo modo en España apenas se conocen los nombres de algunos mártires, aunque debe creerse que allí descargaban los perseguidores su violencia; pues se citan dos obispos que sucumbieron. Por los escritos de San Cipriano, sabemos que la Iglesia africana, tan cruelmente probada con la flaqueza de muchos cristianos, no dejó de tener una multitud de confesores ó mártires, cuyos gloriosos combates le sirvieron como de consuelo. En cuanto llegó á Cartago el edicto de Decio, abandonándose el populacho á todas las inspiraciones de un ódio tan ciego como apasionado, ostentó contra los fieles un increíble encarnizamiento. San Cipriano, moderno obispo, cuya conversion habia irritado profundamente á los paga-

nos, vino á serles mas odioso cada dia por la elevacion de su talento y sus virtudes, que atraian al cristianismo grande gloria y esplendor, así como por el celo que desplegaba en animar á su rebaño. Muchas veces en el anfiteatro se habian dado gritos de amenaza: "Echad á Cipriano á los leones." Vióse el santo obispo obligado á ceder á las circunstancias, y huyó menos por su personal seguridad, que en beneficio de su Iglesia, y para no irritar mas con su presencia el odio de la poblacion idólatra. No estuvo ocioso en su retiro, y si creyó que debía dar á los fieles aquel ejemplo de prudencia cristiana, no por eso dejó de pensar con la misma solicitud en las necesidades de sus ovejas, procurándoles socorros é instrucciones segun lo reclamaban las circunstancias.

Como se hallaba ausente el procónsul, los magistrados de la ciudad principiaron la persecucion y mandaron prender á multitud de cristianos, que rehusando sacrificar á los ídolos, fueron condenados á la deportacion, ó retenidos en las cárceles para ser juzgados mas adelante por el gobernador de la provincia. Entre los desterrados se distingue una muger llamada Bona, á quien su marido arrastró hasta los altares de los ídolos, y los paganos la obligaban, cogiéndola de la mano, á que tocasse las ofrendas que ellos presentaban á los dioses, todo para figurar que tomaba parte en los sacrificios, de modo que ella juzgó debía protestar públicamente que no obraba por su voluntad en este acto, sino por efecto de la violencia y de la fuerza. Citase tambien á un sacerdote llamado Félix, con su muger Victoria, y á otro cristiano llamado Lúcio, los cuales al principio sacrificaron los ídolos; pero preguntados segunda vez sobre su fé, repararon el escándalo que su caída causó, confesando valerosamente á Jesucristo. Púédese calcular cuán considerable seria el número de desterrados, pues solo á Roma llegaron sesenta y cinco, y fueron muy bien asistidos por los cristianos.

Los presos, entre los cuales habia hasta niños, estuvieron mucho tiempo encerrados en calabozos, esperando la venida del procónsul. Escribióles San Cipriano una carta en que los animaba y consolaba, ponderando con grandes elogios la gloria que les proporcionaban sus padecimientos, y exhortándolos últimamente á que se preparasen al combate con el recuerdo de la recompensa que habia de seguirle. Cuidaba asimismo de enviarles los socorros que su situacion reclamaba, porque distribuía á los presbíteros y diaconos, á fin de que le empleasen en aliviar de las miserias presentes, todo el producido de las economías, ó de las colectas que habia tenido la precaucion de hacer anteriormente, añadiendo lo que podia distraer de sus propios recursos: es decir, una parte que le correspondia personalmente en las rentas de su Iglesia y las oblaciones de los fieles. Escribió tambien muchas veces á su clero, recomendándole la asistencia de los pobres, no solo de los que estaban presos, sino de todos los que perseverasen en la fé, y principalmente las viudas y los

enfermos. "Si hallais, dice en una de sus cartas, algunos forasteros necesitados, no dejéis de socorrerlos. Para estos gastos echad mano de la porcion que me quepa en las rentas, y que he dejado á cargo del presbítero Rogaciano: temiendo que la primera remesa se haya concluido, le he enviado otra con el acólito Narico, para que la empleeis en socorrer con mas prontitud á los que padecen." Los diaconos estaban especialmente encargados por su órden de visitar en las prisiones á los confesores; pero como los fieles se agolpaban á dar estos y otros testimonios de caridad por sí mismos, prescribia el santo obispo con esta mira aquellas reglas que dictaba la prudencia; como era que no fuesen muchos juntos, y siempre con grande precaucion, para no alarmar á los paganos, y que determinasen prohibirles la entrada. Aconsejaba igualmente á los sacerdotes que iban á la celebracion de los sacrificios, que no fuesen mas que cuando les tocara por turno, y llevaran un solo diacono con ellos, por no ser notado, ni parecer sospechosos.

Llegado por fin á Cartago el procónsul, la persecucion fué mas rigurosa y sangrienta. Para vencer la constancia de los confesores se emplearon todos los instrumentos de atormentar, azotes, varas, hachas y garfos de hierro. De tal modo se prolongaban los suplicios, y con tanta frecuencia se reiteraban, que los cuerpos de los mártires quedaban completamente desgarrados; y muchos de estos esforzados campeones espiraban en los tormentos de la cuestion ó inmediatamente despues. Morian otros de hambre en las cárceles, porque los tenian encerrados en calabozos estrechos, cuyo calor é infeccion eran insoportables, y solian dejarlos ocho dias sin darles alimento alguno. Distinguense en particular entre estos, San Mappalico, San Pablo, San Fortunio y otros quince, cuyos nombres se hallan en una carta que el confesor Luciano escribió, respondiendo á San Celerino. Pero hubo despues otras muchas victimas de estas atroces crueldades. San Numídico conservó la vida por una especie de prodigio, despues de sufrir muchos tormentos. Con sus exhortaciones habia fortalecido á gran número de fieles, que habian muerto á su vista apedreados ó quemados. Con heroica firmeza vió quemar á su muger, á quien queria en extremo, á su propio lado. El mismo estaba medio quemado, y despues de haberle apedreado horriblemente, le dejaron por muerto. Pero vino su hija para hacerle los últimos oficios, y observando un resto de aliento en él, se le llevó á su casa, y á fuerza de cuidado y asistencia, le restableció enteramente. Colocóle San Cipriano entre los presbíteros de Cartago, y le nombró su vicario. La misma prueba de confianza dió á San Rogaciano, anciano dotado de toda clase de virtudes y de un celo inextinguible, á quien pusieron en libertad despues de haberle tenido mucho tiempo en la cárcel. Últimamente ordenó tambien de lector á un confesor jóven llamado Aurelio, que al principio fué desterrado por los magistrados de la ciudad, y fue-

go sufrió con admirable valor los tormentos de la cuestion en presencia del proconsul. Destinábale desde entonces al honroso cargo del sacerdocio, y dispuso que tuviese, lo mismo que San Celerino, la misma renta que se daba á los presbíteros para su subsistencia. Pero todos estos arreglos no se verificaron hasta el año de 250, cuando empezaba la persecucion á aplacarse, y cuando la mayor parte de los confesores habian salido de las prisiones. Como les habian confiscado sus bienes, en cuanto supo el santo obispo que se hallaban en libertad, acudió con prontitud á socorrerlos, segun lo exigian sus graves escaseces, los recomendó á la piedad solícita de su cabildo, y él los envió de su peculio personal, aunque la caridad de los fieles no se descuidaba en acogerlos en sus casas y asistirlos. Exhortólos finalmente por medio de sus cartas, á que no mancillasen las glorias que habian adquirido, porque algunos empezaban á resfriarse y otros se veian poseidos de envidia y prontos á las disensiones, y unos pocos á la intemperancia y á escandalosos desórdenes. Otros, hinchados de orgullo y de una insoportable presuncion, trabajaban porque su voluntad prevaleciese sobre la autoridad de los obispos. Concedian indiscretamente cartas de reconciliacion á los apóstatas, y sin atender á las reglas de la disciplina, querian obligar á admitirlos nuevamente en la comunión de los fieles por esta simple recomendacion, y antes que hubiesen cumplido la conveniente penitencia. Causó esta pretension grandes disturbios en la Iglesia de Cartago, y llegó en adelante á ocasionar un cisma. Sobre este punto hablaremos en otro lugar.

La Iglesia de Alejandría, perseguida ya de resultados de una sublevacion popular en el año anterior, apenas se habia repuesto de aquella tormenta, cuando el edicto de Decio la volvió á exponer á una nueva prueba, bien funesta tambien, pues que hizo caer á una multitud de cristianos en la apostasia. Sabino, prefecto de Egipto, ejecutó las órdenes del tirano con horrible crueldad, sin cesar en sus persecuciones, y condenando á los suplicios mas horrorosos á cuantos se negaban á la adoracion de los ídolos. Unos morian á palos ó en la tortura: otros despues de muchas mortificaciones eran quemados ó degollados. Muchos perecieron de miseria en los calabozos inficionados, donde estaban encerrados, cargados de cadenas, aislados, y sin que les fuera permitido recibir socoros ni visitas de nadie. Hubo tambien gran número de mártires de todo sexo, edad, clase y condicion. Uno de los primeros fué un viejo llamado Julian, de tal modo incomodado por la gota, que ni podia andar, ni sostenerse en pié, y fué necesario trasportarle á la presencia del juez. Confesó generosamente la fé, con un criado suyo que se llamaba Cronion: pusieronlos en dos camellos y los pasearon por toda la ciudad, no cesando de apalearlos en toda la carrera, y despues los arrojaron al fuego en presencia de una inmensa concurrencia, que aplaudia este bárbaro espectáculo. Un soldado llama-

do Besa, que los habia seguido procurando libertarlos de los excesos del populacho, atrajo contra si un general clamor; y acusado ante el mismo juez, fué sentenciado á muerte y decapitado. Otros dos cristianos, Epimaco y Alejandro, fueron quemados en un horno de cal viva, despues de haber sufrido con valor los horrores de un calabozo estrecho, los azotes, los garfios de hierro y toda clase de tormentos. El juez hizo martirizar, lo mismo y con un furor obstinado, á una virgen llamada Ammonaria, para obligarla á pronunciar alguna blasfemia contra Jesucristo. Pero no pudiendo vencer su constancia, la envió al suplicio y en su compania á tres mugeres, Mercuria, Dionisia y otra Ammonaria, á quienes cortaron la cabeza. Contaremos tambien entre los mártires, cuyos nombres se han conservado, á San Nemesion, que fué quemado en compania de unos ladrones; y á los santos Heron, Atero ó Isidoro, que comparecieron juntos, y que despues de prolongados tormentos, fueron tambien condenados al suplicio de la hoguera. Estaba con ellos un jóven de quince años llamado Dioscoro, á quien tambien mortificaron extraordinariamente; pero como todo el mundo admirase su valor y la sabiduría de sus respuestas, el gobernador le mandó soltar, diciendo que atendida su juventud le concedia un término para que saliese de sus errores. En lo restante del Egipto se ejerció la persecucion con la misma violencia, y muchos cristianos fueron despedazados por los paganos. Se cita en particular el ejemplo de San Isquirion, mayordomo de cierto magistrado, que le mandó adorar á los ídolos, y no pudiendo determinarle á ello, le maltrató por mucho tiempo y al fin le quitó la vida atravesándole las entrañas con una estaca.

Escapó como por milagro de las manos de sus perseguidores San Dionisio, que habia sucedido á San Heraclas en la silla de Alejandría. Distinguijale particularmente para ser mas odioso á los paganos sus funciones y su talento, y así en cuanto llegó el edicto del emperador y fué publicado, el prefecto de Egipto dió orden de que le prendiesen. Pero sea que el oficial encargado de esta comision favoreciese su fuga, ó que se ignorase el sitio en que residia, ó que no presumiesen que habia de haberse quedado en su casa en un peligro tan inminente; le buscaron por todas partes antes de dirigirse á esta. Esperó tranquilamente cuatro dias, y temiendo tentar á Dios, se retiró seguido de sus criados y de otros muchos cristianos. Aquel mismo dia, al oscurecer, cayeron en manos de los magistrados y de un peloton de soldados, que los ataron y condujeron á Taposiris, un pueblo del Egipto no muy distante de Alejandría. Un sacerdote llamado Timoteo, sin saber lo que habia sucedido, iba á casa del obispo y la halló llena de tropa, y noticioso de que el prelado habia sido preso, huyó precipitadamente. Encontró á un labrador cristiano que le preguntó la causa de su agitacion, y que sabida llevó la noticia á una próxima casa, á donde iba para

asistir á una boda. Inmediatamente todos los convidados se levantaron de la mesa y corrieron al sitio en que se hallaba con su comitiva San Dionisio, y entrando con mucho estrépito y rocaría asustaron de manera á los soldados, que huyeron sin pensar siquiera en resistirse. Era ya de noche y el santo estaba acostado, y creyendo que éstos campesinos eran ladrones; les entregó lo poco que llevaba y hasta sus mismos vestidos; pero ellos sin hacer caso le instaron á que se levantasé corriendo y los siguiera. Entonces comprendió su designio, y afligiéndose de verse privado de la gloria de confesar á Jesucristo, les dijo: "Retiraos, ó si me quereis hacer mayor favor, quitadme vosotros mismos la vida, y así os anticipareis á los que para esto solo me buscan." Sin embargo, ellos le obligaron á levantarse, y como se echase por el suelo para no salir, le cogieron en vilo por pies y manos, y así se le llevaron fuera de aquella poblacion. Pusieronle en un asno y le escoltaron hasta que estuvo fuera de peligro. Salvo ya, á su pesar, se retiró á un desierto de la Libia, donde permaneció con dos cristianos hasta que finalizó aquella persecucion. Pero aunque ausente, no abandonó el cuidado de su Iglesia. Hizo que se ocultasen en Alejandría algunos sacerdotes de aquella, que no eran muy conocidos y por consecuencia estaban menos expuestos; entre otros, Máximo, que con el tiempo le sucedió en la mitra. También se valió de muchos diáconos para visitar y socorrer á los confesores, y principalmente de Eusebio, que después fué obispo de Laodicea, y en estas circunstancias se acreditó de celosísimo defensor de la fé; porque hallando medios de penetrar en las cárceles, se ocupaba en sepultar los cuerpos de los mártires; cosa que no podía hacerse sin exponer su vida.

También juzgó deber suyo San Gregorio Taumaturgo escapar de la persecucion por medio de la fuga, para dar á su pueblo, nuevamente convertido, este ejemplo, acomodarse á su debilidad é impedir la caída alejándose del peligro: esta fué la razon por qué no hubo siquiera un apóstata en Neocesarea. Dios, que justificó así la prudencia del santo obispo, manifestó tambien por un milagro particular que aprobaba su fuga. Habíase refugiado Gregorio en una montaña desierta, acompañado de aquel sacerdote de los ídolos á quien habia convertido, y ordenó despues de diácono. Informados los paganos del lugar donde se habia ocultado, fueron á buscarle muchos reunidos, y mientras unos guardaban las salidas y pasos para evitar que se escapase, otros recorrían todos los escondites y concavidades del monte, sin dejar uno. Muchas veces pasaron por delante del santo y no le vieron, y rendidos del cansancio se retiraron muy convencidos de que habia abandonado este asilo. Queriendo cerciorarse él que lo habia guiado en esta expedicion, volvió solo y halló al santo haciendo oracion en compania de un diácono, ambos de pié é inmóviles, en el mismo sitio por donde los que antes le buscaron acababan de pasar, y solo habian visto dos

árboles uno junto á otro: entonces el guía se arrojó á los piés del Taumaturgo, se declaró cristiano, y le acompañó en su fuga.

Desesperando los paganos de hallar al obispo, concentraron la rabia contra su rebaño, y buscando á los fieles en los sitios donde los creían retirados, cogieron muchos que llevaron á las prisiones y atormentaron de todos modos para obligarlos á renegar de Jesucristo. Pero el santo obispo no cesaba de socorrerlos con sus oraciones, y fué su verdadero apoyo. Reparáse un dia que hallándose rezando se turbó de repente, apartó la vista con horror, y luego se quedó inmóvil: últimamente recobró su regular serenidad, al recitar estas palabras de los salmos: "Bendito sea Dios que nos ha libtado de sus dientes." Preguntáronle la causa de todos estos movimientos tan diversos, y respondió que en la misma hora en que estaba rezando, se habia presentado al gobernador un jóven de elevada clase llamado Troades, y que despues de sufrir diferentes tormentos acababa de recibir la corona del martirio. El diácono que estaba con él se informó del hecho, y averiguó que las circunstancias eran precisamente las mismas que el santo habia referido.

La persecucion hizo iguales estragos en las demas provincias del Oriente: citaremos solo los mártires más célebres. San Alejandro el Carbonero, á quien habia San Gregorio consagrado obispo de Comana, terminó santamente su vida en una hoguera. San Alejandro, obispo de Jerusalem, venerable por su extrema vejez y que habia ya confesado su fé en el reinado de Severo, fué encerrado en un calabozo, donde sufrió mucho tiempo, y al fin murió en la cárcel. San Babilas, obispo de Antioquia, despues de dar un testimonio brillante de su fé en Jesucristo, fué tambien cargado de cadenas, y murió colmado de méritos y agobiado de fatigas en la prision con los tres jóvenes á quienes estaba enseñando. Este santo prelado que gobernaba su Iglesia trece años habia, se hizo célebre por sus virtudes, y sobre todo por el valor que mostró para obligar al emperador Filipo á ponerse en el número de los penitentes antes de ser admitido en la reunion de los fieles. Sus reliquias enterradas primero en Antioquia, fueron trasladadas en 351 á una iglesia que el César Galo acababa de edificar en el pueblo de Daine, cerca de aquella ciudad: pero años adelante, Juliano el Apóstata dió orden de que las sacasen, porque habiendo pasado á aquel lugar para consultar un famoso oráculo, despues de haber hecho en vano muchos sacrificios, no pudo obtener otra respuesta sino que la presencia de aquellas reliquias impedía al oráculo hablar.

La reputacion de Orígenes debia exponerle más que á ninguno á la persecucion de los paganos; y en efecto, se ha visto que fué preso en Cesarea de Palestina, y que sufrió los más crueles tormentos con imperturbable firmeza (1). Algunos creen que su amigo

(1) Berault-Bereastel ha tenido un desdicho inconcebible en esta ocasion, que es digno de enmienda, porque su tendencia es limitar la persecucion, uno

Ambrosio, que murió por aquel tiempo, fué una de las víctimas de la persecucion, y sin duda por esto no pudo, á pesar de sus muchas riquezas, dejar á su maestro tan querido los socorros que le hacian indispensables las circunstancias y su extremada vejez.

San Polieucto, tan distinguido por su nacimiento como por sus riquezas, alcanzó la corona del martirio en Melitene, en la Armenia, y aunque simple catecúmeno, hizo alarde de un celo y valor que asombraron á los paganos, y sobre todo, excitaron la admiracion de Nearco, su amigo y primer maestro en la fé. Declarado públicamente cristiano, fué preso al instante y presentado á los magistrados, que pusieron por obra todos los medios imaginables para hacerle renegar de su creencia. Su suegro Félix, que se hallaba en el número de los jueces, empleó en vano ruegos y amenazas, sin omitir los malos tratamientos: tambien concurrió su muger tratando de ablandarle y vencer con sus lágrimas y con la presencia del hijo de ambos de menor edad. Pero el generoso mártir no se doblegó á tantos esfuerzos, ni quiso sacrificar al demonio en sus ídolos; antes despreciaó tan tironos lazos é insinuaciones; y como los tormentos no produjesen mas efecto que las palabras, le condenaron á ser decapitado.

de cuyos efectos desconoce tambien, á saber, la confiscacion de bienes. Constando la vida de Origenes, afirma que este ilustre doctor fué proscripto formalmente por el edicto de Decio que condenaba á muerte á los que enseñaban en la Iglesia, y despues añade: "No falta quien diga que Origenes, como el doctor mas acreditado de los cristianos, fué el principal objeto de este edicto." Debiera haber nombrado el autor á los que lo han afirmado antes de él. Es verdad que se ha escrito que Origenes habia sido el objeto principal de la persecucion de Maximino, (Orosio, lib. VII, cap. XIX), y esto nada tiene de inverosímil, porque en efecto, esta persecucion era dirigida mas particularmente contra los gefes y doctores de la Iglesia. Pero en cuanto al edicto de Decio, nadie que yo sepa, ha dicho aún que se refriese á Origenes, principalmente, ni que el emperador le habia proscripto mas formalmente que á cualquier otro cristiano. Sobre todo, nadie habia limitado este edicto á los que enseñaban en la Iglesia; porque se sabe, á no dudarlo, que se extendia á todos los cristianos en general. ¿Puede ademas suponerse sin una especie de contradiccion, que un edicto en que se condenaba á muerte, tuviese por principal objeto á un doctor á quien se contentaron con aplicar la tortura sin quitarle la vida?

Este autor en el mismo parage, despues de haber ponderado el desprendimiento de Origenes, dice que sin esta circunstancia podria causar admiracion el que "su amigo Ambrosio, que tuvo la felicidad de morir mártir, nada le dejase de sus grandes riquezas, aunque las circunstancias le permitian hacerlo." Y en otra parte pone el martirio de Ambrosio en tiempo de la persecucion de Decio. Ahora pregunto yo, si un mártir cuyos bienes serian confiscados como todos los de los demas, y cuyas disposiciones testamentarias se darian necesariamente por nulas en virtud de las leyes comunes para los sentenciados á muerte, se hallaba en circunstancias que le permitiesen dejar parte de sus bienes á un confesor preso, y que estaba mas próximo á sufrir la misma pena y confiscacion, que á recibir el legado de otra persona. Tal es la critica y la exactitud en el modo de juzgar que este hecho acredita en el susodicho historiador.

San Mercurio, que era como Polieucto, oficial en el ejército romano, tampoco vaciló en sacrificar por su fé todas las esperanzas del siglo, y logró que le cortasen igualmente la cabeza en Cesarea de Capadocia. Los Santos Trifon y Respicio, en la flor de su edad, y conocidos por su ardiente celo en favor del cristianismo, fueron asimismo decapitados en Nicea de Bithynia, despues de haber sufrido por espacio de muchos dias los azotes, los garfos de hierro, las planchas ardiendo, los rigores del frio y todo cuanto pudo imaginar la crueldad del gobernador para vencer su constancia. En Nicomedia, de la misma provincia, muchos mártires fueron condenados al suplicio de la hoguera, entre otros Luciano y Marciano, que dedicados en sus mocedades á las curiosidades de la magia, se convirtieron luego y pidieron el bautismo con ocasion de que habiendo solicitado por medio de su arte seducir á una virgen cristiana, el demonio les declaró que no era poderoso para perjudicar á los que fuesen protegidos por Jesucristo. Al momento salieron sus haciendas y se retiraron á la soledad, de donde no abjaron hasta que practicadas largas penitencias, se dedicaron á la predicacion de las verdades evangélicas entre los gentiles. Por este mismo ardor y celo fueron desde luego célebres y conocidos, y denunciados por consecuencia al gobernador.

En el Asia proconsular, un mercader llamado Máximo, confesó públicamente que era cristiano, y fué presentado al juzgado de Optimio, que trató de disuadirle de su creencia amenazándole con terribles castigos; despues le mandó azotar y poner en el potro, exhortándole á que sacrificase á los ídolos para evitar estos dolores y conservar la vida; mas el valeroso cristiano desconcertó todos los esfuerzos del tirano con la firmeza de su alma y sus respuestas. "Nada deseo ya tanto, le dijo, como perder esta miserable vida, para llegar á otra que nunca acabará, y por eso mismo no he tenido reparo alguno en presentarme. Lo que me aconsejas que haga, muy lejos de salvarme, me expondria á eternos tormentos que evito, no sacrificando á tus falsos dioses. Por lo demas, ni las varas, ni los garfos de hierro, ni las planchas ardiendo pueden hacer mella en mi cuerpo, porque la gracia de Jesucristo me asiste, me fortalece y me arrancará de tus manos para ponerme en posesion de aquella felicidad de que gozan tantos santos que me han precedido en este glorioso combate." Oyendo el juez esta respuesta, sentenció así: "Mando en virtud de la autoridad de nuestros invictos príncipes, que Máximo, por resistirse á obedecer nuestras leyes y á sacrificar á la grande Diana, sea apedreado, para que sirva de escarmiento é inspire terror á los demas cristianos." Al instante sacaron fuera de la ciudad al santo y se ejecutó la sentencia.

Ante el mismo proconsul presentaron á un jóven llamado Pedro, natural de Lampsaco, tan distinguido por las cualidades del alma como por las exteriores de su figura. Apenas pronunció su nombre



y confesó que era cristiano, le dijo el procónsul: "Ya sabes las órdenes de nuestros príncipes y te consta lo que contienen: sacrifica, pues, á la gran diosa Venus." Pedro le respondió: "¿Cómo quieres que yo ofrezca incienso y sacrificios á una infame prostituta, cuya vida no ofrece mas que una serie de acciones vergonzosas, que se abochornaría uno solo de referirlas, y que son prohibidas hasta por vuestras leyes?" Mandó el juez al oír esta respuesta, que le quebrantasen los huesos sobre una rueda, apretándole el cuerpo con cadenas de hierro entre vampiros; pero viendo su perseverancia dispuso que le cortaran la cabeza.

A muy poco tiempo condujeron al mismo tribunal á tres cristianos, Andrés, Pablo y Nicomaco, que con la mayor intrepidez confesaron su religion. Hizose mas notable el último por su mayor atrevimiento, de modo que fué tambien condenado el primero á los tormentos de la cuestion. Soportólos algun tiempo con valor; pero al fin, casi al punto de espirar, el desgraciado perdió la paciencia y exclamó: "Yo no soy cristiano, y quiero sacrificar á los ídolos." Luego le mandaron desatar, mas en cuanto hizo el sacrificio, se apoderó de él un frenesí furioso, se arrojó por el suelo, y no tardó en espirar sufriendo horribles convulsiones, despues de haberse cortado la lengua con los dientes. Una jóven de diez y seis años que se hallaba entre los espectadores y se llamaba Dionisia, no pudo contenerse y dijo: "¡Infeliz! por no sufrir un poco mas los dolores has conseguido una eternidad de tormentos." Habiéndola oido el juez la mandó que se acercase, y ella confesó sin tardanza que era cristiana: el procónsul dispuso que en el acto sacrificase á los ídolos, ó de lo contrario la mandaría quemar viva; y Dionisia respondió: "No temo tus amenazas: el Dios á quien sirvo es mas poderoso que tú, y me dará las fuerzas suficientes para soportarlo todo." No se avergonzó el tirano de entregarla á la brutalidad de dos jóvenes que la arrastraron á su casa para romperla; pero Dios la protegió con un milagro patente, de modo que en vez de lograr la ejecucion de sus designios con ella, estos dos miserables, acobardados completamente, se vieron precisados á recurrir á sus oraciones. Al siguiente dia el populacho incitado por dos sacerdotes de Diana se agolpó pidiendo á gritos el suplicio de Pablo y de Andrés, á quienes habian vuelto á la cárcel; y el procónsul, despues de haberlos mandado azotar severamente con varas, los dejó á discrecion del pueblo, que al instante los sacó de la ciudad para apedrearlos. En cuanto oyó este tumulto Dionisia, se escapó de la prision y corrió al lugar del suplicio para tomar parte en el triunfo de los santos mártires. Avisaron al juez de esta novedad, y envió orden de que le cortaran la cabeza.

En la persecucion de Decio se refiere el martirio de los siete hermanos que se hicieron célebres con el nombre de los siete durmientes. Eran naturales de Efeso, y despues de haber confesado valero-

samente la fé, fueron encerrados vivos en una cueva cerca de la ciudad, donde muy pronto se murieron de hambre. De allí á doscientos años se descubrieron sus cuerpos, y los llamaron los siete durmientes porque habian dormido en el Señor, segun el lenguaje que entonces se usaba para expresar la muerte de los confesores que no perecian de muerte violenta. Algunos autores amigos de lo maravilloso, dicen, aludiendo al nombre de durmientes, que los santos mártires cuando se descubrieron sus reliquias dos siglos despues, habian despertado como de un profundo sueño, y que habiéndose arrodillado los siete juntos en presencia de un numeroso concurso, murieron definitivamente.

Entre otros que sufrieron el martirio en el Asia menor y en la Grecia, citaremos á San Carpo, obispo de Tiatira en Lidia, con San Papilo, diácono, y Santa Agatonice, que todos tres fueron quemados en Pérgamo despues de haber confesado muchas veces á Jesucristo con admirable valor; San Nestor, obispo de Magide en Panfilia, que por los triunfos de su celo se hacia muy odioso á los paganos, y fué condenado al suplicio de la cruz; San Cirilo, obispo de Gortina, y otros diez cristianos, á todos los cuales cortaron la cabeza en la isla de Creta, donde su culto llegó á ser general, y en fin, el ilustre mártir San Cristóbal que le padeció en Licia, y cuyo brillante triunfo se hace bastante manifiesto por los numerosos monumentos de la veneracion de los pueblos, aunque no se conocen exactamente las circunstancias de su suplicio.

De lo que tenemos actas muy circunstanciadas es de la gloriosa confesion y martirio de San Pionio, sacerdote de la Iglesia de Smirna, y una de las primeras víctimas de la persecucion en el Asia. Estando entregado al ayuno y á la oracion la vigilia de San Policarpo, le fué revelado que al dia siguiente le prenderian, é inmediatamente se puso una cadena al cuello, é hizo que Asclepiades y Sabina practicasen lo mismo, para que las turbas se persuadiesen que estaban muy determinados á sufrir el martirio, y que si los llevaban al templo por fuerza no creyesen que iban voluntariamente y con intencion de sacrificar. Al otro dia un magistrado de la ciudad, llamado Polemon, encargado de la intencion de los templos, llegó con unos soldados para prender á Pionio, y le dijo al verle: "No ignoras que se ha publicado un edicto del emperador que manda sacrificar á los dioses." Replió el santo: "Tambien sabemos que hay un mandamiento de Dios que prohibe adorar mas que á él solo." La misma respuesta dieron sus compañeros: condújolos, pues, el magistrado á la plaza, donde acudió mucha gente á vista de las cadenas, tanto que se llenaron hasta los tejados de las casas inmediatas: fueron, sobre todo, muchas mugeres judias, porque era sábado, y por consiguiente dia festivo para ellas. Cuando le reiteraron la orden de sacrificar, Pionio, levantando la mano y dirigiéndose al pueblo, dijo: "Ciudadanos de Smirna, y vosotros judíos que os

hallais presentes, oidme. Me consta que mirais con desprecio á los cristianos que voluntariamente se presentan á sacrificar á los ídolos, ó que solo resisten flojamente cuando se los obliga. Pues que os vanagloriais de contar entre vuestros conciudadanos á Homero, no deberiais olvidar las máximas de este poeta, que no quiere que se insulte la memoria de los que ya no existen, ni que se alegren de su muerte. En cuanto á vosotros, judíos, ¿no sabéis el precepto de Moisés, que dice: si ves que la caballería de tu vecino se cae con la carga, no pases adelante sin levantarla? ¿Y la excelente sentencia de Salomon: Si tu enemigo cae, no te alegres de su caída? En cuanto á mí, mas quiero sufrir todos los tormentos, y aun la muerte, que separarme de los preceptos que he aprendido y enseñado. ¿De qué proceden esas carcajadas y crueles befas de los judíos contra nosotros y contra los que han sacrificado? Aunque fuésemos sus enemigos, ¿dejamos por eso de ser hombres? ¿Qué mal les hemos hecho? ¿Cuándo les hemos dañado con palabras ni con acciones? ¿Nos sería muy difícil confundirlos á nuestra vez con reprensiones muy vergonzosas? No; porque conocemos bastante bien su historia. Os sorprendéis de que tantos cristianos vengan por sí mismos á ofrecer incienso á los ídolos. Así como la paja está mezclada con el grano, y le excede en volúmen, del mismo modo los malos están mezclados con los buenos, y son aquellos en número mayor. Sin embargo, es fácil y justo, sobre todo, el separar los unos de los otros." Habló mucho tiempo el elocuente mártir, reprendiendo á los judíos sus antiguas idolatrías, y los demas crímenes que la Escritura refiere á los gentiles, y á los gentiles la injusticia de sus crueles persecuciones, y amenazando á unos y á otros con la venganza divina, ya señalada en el mundo por multitud de catástrofes, y con el juicio mas terrible que Jesucristo ejercerá en el último día. Escucháronle con mucha atención hasta el punto en que pronunció estas palabras: "Nosotros no podemos adorar á vuestros dioses, ni vuestras estátuas de oro y plata." Entonces le interrumpieron, y el pueblo y Polemon dijeron: "Tu sabiduría nos inclina á procurarte la felicidad: oye nuestros consejos, y no quieras por puro capricho perderte y renunciar á las dulzuras de la vida." Repuso el confesor: "Ya sé que la vida es un bien, y no desprecio este presente que Dios nos ha hecho; pero nosotros sabemos sacrificarla, porque esperamos despues otra mejor." Pasadas estas contestaciones y otras semejantes, se le propuso solamente que entrase en el templo; pero él dijo: "Nuestra presencia no agradaría seguramente á los ídolos." "¿Con que no se te puede persuadir á que adoptes temperamento alguno?" replicó Polemon, y el santo añadió: "Ojalá que yo lograra persuadirlos á vosotros que os hicieréis cristianos!" "Tú te guardarás de hacerlo, exclamaron algunos de los presentes dando terribles risotadas, porque no nos agradaría que nos quemasen vivos;" y á esto contestó: "Tanto peor, que tendreis

que serlo despues de muertos." A esta réplica se sonrió Sabina en prueba de su satisfaccion, y la turba dijo: Ríete ahora, que muy pronto te harán llorar, y sufrirás lo que no te ha de agradar; porque si no sacrificas á los ídolos, te encerrarán en un lupanar." La santa repuso: "El Dios de santidad proveerá." En fin, como no dejaban de instarlos, Pionio cortó estos diálogos diciendo: "Si tenéis orden de persuadirnos ó de castigarnos, tomad vuestra resolucion y castigadnos, ya que no podeis persuadirnos." Insistía aún Polemon aconsejándole que sacrificase en honor del emperador á lo menos; y el santo concluyó: "Yo no adoro á mortal alguno."

Entonces el juez principió su interrogatorio en forma, así con el santo como con Asclepiades y Sabina, dirigiéndoles las preguntas de costumbre, y mandando á un notario escribir sus respuestas, y despues los envió presos en medio de la mofa, de los insultos, de las amenazas y de las exhortaciones y confusa gritería de un populacho innumerable, que procuraba disuadirlos de su intento por todos los medios posibles, y sobre todo, con el ejemplo de otros cristianos que habian renegado ó estaban determinados á verificarlo. Pero San Pionio no por eso manifestó menos firmeza y valor para reparar el escándalo que unos habian dado, y sostener con su ejemplo la firmeza de los demas. Hallaron en la prision á un sacerdote católico llamado Lemno, y á una muger nombrada Macedonia, que habian preso en el mismo día, con un montanista llamado Eutiquiano. Apresuráronse los fieles á llevarles socorros; pero San Pionio y sus compañeros resolvieron no admitir ninguno. Irritados los guardas porque se veian privados de los regalos que con este motivo les hacian, encerraron á los tres confesores en un calabozo para atormentarlos con la oscuridad y hediondez del sitio. Lejos de quejarse de esta odiosa vejación, sirvió tan solo para que mas respaldaciesen su generosidad y su paciencia. Dieron al carcere los regalos acostumbrados, y cuando éste quiso sacarlos del calabozo, no consintieron en ello, porque estaban allí mas libres para entregarse á la oracion.

No dejaron de concurrir bastantes gentiles para ver si conseguian vencerlos y obligar á San Pionio á sacrificar; pero en vano, porque ellos mismos tenian que admirar la sabiduría de sus respuestas. Los que habian sucumbido á la apostasía por la violencia de la persecucion, fueron de los primeros que los visitaron, deplorando su pecado con abundantes sollozos, y los confesores los acompañaban con sus lágrimas. San Pionio los exhortó firmemente á que hiciesen penitencia, y á que no desesperasen de la divina misericordia. Les manifestó cuántos cristianos se habian hecho culpables contra la ley de Dios, pues muchos, no contentos con abandonarla, no temieron hacer traicion y delatar á sus hermanos: advirtiéndoles, por último, que se precaviesen de la seducción de los judíos que procuraban atraerlos á sus sinagogas, y daban en la locura de afirmar que Jesucristo habia resucitado por efecto de la magia.

A este tiempo se presentó Polemon con Teófilo, maestro de la caballería, y dijo á los confesores: "Ahí tenéis á vuestro obispo Eudemon, que acaba de sacrificar á los ídolos: necesario será que le imitéis vosotros: seguidme al templo donde él mismo os va á interrogar." Respondió San Pionio: "Pues estamos presos, esperemos nos juzgue el próconsul: ¿por qué os entrometéis en sus funciones?" Retiráronse por entonces los magistrados; pero pronto volvieron, escoltados con numerosa fuerza, y después de varias contestaciones, sacaron á los confesores empleando las mas brutales violencias para arrastrarlos al templo, donde aun se hallaba el obispo Eudemon. Lépido, uno de los jueces, preguntó á San Pionio con severa voz, por qué no podía sacrificar, qué Dios era el suyo, y si tambien adoraba al Crucificado. Contestóle el santo: "Nosotros adoramos al verdadero Dios, al Criador del cielo y de la tierra, y al Verbo divino que tomó carne para salvar al mundo." Otros muchos intentaron en vano vencer su resistencia. Uno llamado Rufino, que pasaba por elocuente, le reprendió por su obstinacion, que creia fundada en el deseo de una vanagloria; pero le cerró el santo la boca preguntándole si era aquello lo que habia aprovechado de sus estudios, y si á su parecer eran obstinados tambien deseos de gloria los de Sócrates, Anaxarco y otros que habian defendido á costa de sus vidas la verdad y la justicia. No le pudieron intimidar las amenazas de los jueces ni las de la multitud; y arrebató y desgarró las coronas que querian ponerles, como era costumbre con los que iban al sacrificio. Ultimamente, viendo ya que nada adelantaban con ellos, volvieron á llevarlos á la prision los mismos magistrados, porque no tenian facultades para condenarlos á muerte, y los siguió el populacho llenándolos de injurias y de malos tratamientos.

A pocos dias llegó el próconsul, y haciendo comparecer en su tribunal á Pionio, volvió á exhortarle á que adorase á los ídolos, y para obligarle mandó ponerle en el potro y que le diesen tormento. Cuando empezaron á mortificarle, redobló aquel sus exhortaciones con mas instancias; pero siempre infructuosamente. Para concluir le dijo: "¿Qué presuncion obstinada te hace correr en esta forma hácia la muerte? Otros han sacrificado para conservar su vida y evitar los tormentos: sigue su ejemplo y haz lo que te mandan." Contestó Pionio: "No es obstinacion lo que me impide obedecer tus órdenes, sino el temor al Dios eterno: no te obedeceré jamas." Viéndole el próconsul tan firme, se asesoró con sus consejeros, y dirigiéndose á Pionio é intentando por última vez vencerle, le dijo: "Persistes en tu resolucion y no quieres al fin separarte de ella?" El valiente confesor respondió en tono firme: "No."— "Con todo, añadió el próconsul, aun te quiero dejar tiempo para que reflexiones y tomas tu resolucion."— "Ya está tomada, respondió el santo: no tengo que reflexionar mas." Entonces el próconsul replicó: "Pues tú buscas la muerte, serás quemado vivo." En seguida dis-

puso que leyesen la sentencia escrita en latin en una tablilla, en estos términos: "Habiendo declarado Pionio que es cristiano, mandamos que le quemem vivo, para vengar á los dioses y atemorizar á los hombres." El santo mártir marchó alegremente y con paso firme al lugar del suplicio, y sin esperar que le avisasen, se quitó sus vestidos y se tendió sobre la leña para que le clavasen. Apenas lo hicieron, volvieron á gritar que aun era tiempo de mudar de parecer, y que se arrancarían los clavos; pero el santo exclamó que pronto se veria libre; y cerrando los ojos para estar mas recogido, se puso á rezar. Acabada su oracion, miró con risueño semblante las llamas que le rodeaban, y un momento despues espiró dulcemente pronunciando estas palabras: "Señor, recíbid mi espíritu." En cuanto se apagó la hoguera, hallaron los fieles su cuerpo tan entero como si estuviera vivo, y no contribuyó poco este suceso á fortificarlos en la fé, esparciendo entre los paganos vergüenza y confusion. Cumpliósse este glorioso martirio el dia 5 de Marzo del año 250. Se ignora qué género de suplicio acabó con Sabina, Asclepiades y los demas compañeros que estuvieron en la cárcel con San Pionio.

Tenemos tambien las actas minuciosas y auténticas del interrogatorio que en la misma persecucion sufrió San Acacio, cuya confesion no fué menos brillante. Era obispo de una ciudad de Antioquia en Oriente, distinta de la de Siria, pero se ignora en qué provincia. Llegado á ella Marciano, consular, y sabiendo que por su talento y funciones era Acacio el jefe de los cristianos, mandó prenderle, le hizo comparecer, y le representó al principio, que á los emperadores les debia sumision y respeto, pues que vivia bajo el amparo de sus leyes. A esto respondió el santo, que nadie mejor que él desempeñaba esta obligacion, ni sábitos algunos le eran mas adictos que los cristianos, que sin cesar pedian á Dios por ellos, por la duracion y prosperidad de su reinado, por sus ejércitos y por la paz del mundo. "Todo está bien, dijo el varon consular; pero á fin de que conozca mejor tu adhesion el emperador, sacrifica en honor suyo con nosotros." Acacio respondió: "Yo pido á Dios por la salud del emperador, y no tiene derecho de exigir mas: nosotros no podemos adorar á un mortal." Preguntóle Marciano: "¿Y á qué Dios dirigis vuestros ruegos? porque andaba buscando ocasion de impugnar la doctrina del cristianismo: haz que le conozcamos para que podamos tambien ofrecerle nuestros homenajes."— "Con todo mi corazon deseo, dijo Acacio, que obtengas la gracia de conocerle efectivamente." Insistió Marciano en preguntarle el nombre de su Dios; y respondió el santo varios que el Señor toma en las santas Escrituras. Marciano exclamó: "Con cuántas ilusiones estais preocupados! Olvidad todas esas cosas invisibles, y adorad mejor á los dioses que podeis ver."— "¿Qué dioses? dijo Acacio."— "Primeramente Apolo."— "¿Quién? replicó, ¿ese insensato jóven que ardiendo de amor por una doncella corria perdido tras de ella, sin

prever que la iba á perder para siempre? ¿Puede mirársele como dios y creer sus oráculos, cuando no sabía él lo que debía sucederle?" Aludía Acacio á la fábula de Dafne convertida en laurel. Refirió otros pasajes mas vergonzosos, y luego añadió: "¿Crees que el temor de los tormentos y la muerte pueda jamas obligarme á dar culto á semejantes divindades? ¿Cómo pudiera yo adorar á los que me aborronaria de imitar, á aquellos cuyas acciones son condenadas por vuestras mismas leyes, que castigan en los hombres lo que no dudais adorar en los dioses?" Marciano dijo: "Ya sé que los cristianos tienen costumbre de injuriar y calumniar la magestad de nuestros dioses, y por lo mismo te mando que vengas conmigo al templo de Júpiter y Juno, á tomar parte en el sacrificio y en el festin que haremos en honor suyo." Acacio replicó: "¿Cómo quieres que sacrifique yo por aquel cuyo sepulcro está todavía en la isla de Creta? ¿Ha resucitado acaso?" Marciano le interrumpió: "Es necesario sacrificar ó morir."—Precisamente, dijo Acacio, esa misma es la justicia de los foragidos de Dalmacia; no conocen mas derecho que la fuerza. Cuando tiene un caminante la desgracia de caer en sus manos, le dan á escoger igual alternativa, la bolsa ó la vida. En cuanto á mí, tus amenazas no me asustan. Castigan las leyes á los adúlteros, ladrones y homicidas; si hubiese yo cometido semejantes delitos, no aguardaria, por cierto tu sentencia; yo mismo me condenaria; pero si me castigan porque adoro al Dios verdadero, la fuerza solo y no la justicia será la que me condene. Por consiguiente, no tienes disculpa alguna, porque escrito está que cada uno será juzgado como haya juzgado á sus hermanos." Marciano muy confuso dijo: "Yo no trato de juzgarte sino de obligarte á obedecer usando de la violencia; y si te niegas aún, está seguro de que serás castigado: estas son las órdenes que tengo." Acacio replicó: "Yo las tengo tambien de no renegar de mí Dios. Si te crees obligado á obedecer ciegamente los caprichos de un hombre, que morirá muy pronto como todos los demas y será pasto de gusanos, ¿cuánto mas debo yo obedecer al Dios todopoderoso y eterno que amenaza á todos los que le niegan delante de los hombres, con que tampoco lo reconocerá en presencia de su Padre celestial, cuando venga glorioso y en todo el brillo de su magestad, á juzgar á los vivos y á los muertos?"

Marciano, que se preciaba de entendido, creyendo sacar mucho partido de estas últimas palabras, dijo: "Ahi tienes las locas ideas que tu secta adopta: mucho tiempo hace que yo deseaba asegurarme de esto. Según dices, Dios tiene un hijo, y dime, ¿quién es?" Respondió Acacio: "El Verbo de verdad y de gracia."—¿Ese es su nombre?" dijo Marciano; y Acacio contestó: "Tú no preguntaste el nombre: hubiérale dicho como ahora: Jesucristo." Despues de otras preguntas y respuestas sobre la naturaleza de Dios, como se veia Marciano confuso con las respuestas de Acacio, en que brillaba

ba una filosofia sublime, mudó de propósito para volver á su principal objeto. "Mira, dijo, á los catáfrigos que tambien tenían sus antiguas supersticiones, y al cabo las han dejado y sacrificado á nuestros dioses. Apresúrate á imitarlos, reúne á todos los cristianos que de tí dependen, y hazles abrazar la religion del emperador."—El caso es, dijo Acacio, que ese pueblo no me obedece á mí sino á Dios: óyeme, sí, cuando los exhorto á la virtud: si quisiera dirigirlos á lo malo, me despreciarían á mí y á mis palabras." Preguntando Marciano sus nombres, respondió Acacio: "Escritos están en el cielo en libro de Dios." Prosiguió Marciano tratando de los sacerdotes: "¿Dónde están esos otros magos que enseñan como tú las prácticas de este arte engañoso y funesto?" Acacio dijo: "Si se puede culparlos de algo, no es seguramente de profesar la magia, porque es mas aborrecida por nosotros que por nadie;" á que Marciano contestó: "Esta nueva religion que introduces, no es mas que una tradicion secreta de magia y de encantos." Acacio replicó: "¿Encantos llamais las maravillas con que destrona á vuestros ídolos, y muchas veces con sola una palabra los despoja de la divinidad con que vosotros los favoreceis, á pesar de que sabéis que son obra de vuestros menestrales? Nosotros no tememos incurrir en esa supersticion, porque solo adoramos al dueño soberano del mundo, al que es ha criado y todo lo que existe." Intimóle de nuevo Marciano que le diese los nombres de los cristianos, y por segunda vez le amenazó que le obligaria con tormentos á obedecer. Acacio hizo esta observacion: "¿Crees acaso que mas fácilmente nos podrias vencer si fuésemos muchos, cuando no puedes vencerme á mí solo? Si quieres saber nombres, el mio es Agathango, pero me llaman Acacio: mis compañeros, que están aquí presentes, son Pison, obispo de Troya, y el presbítero Menandro. Haz ahora lo que gustes." Concluyó Marciano así su interrogatorio: "Voy á tomar órdenes del emperador, y os quedaréis en prision hasta mi vuelta." Todo esto sucedió el 29 de Marzo, probablemente el año de 251. Se remitió á Decio la sumaria; y no dejaron de admirarle las respuestas del santo, como lo manifestó sonriéndose al leerla. Mandó que le dejasen libre, y trasladó al gobierno de Panfilia á Marciano. Puede juzgarse por esta respuesta del emperador, y mas por el cuidado que tuvieron de consultarle, que la persecucion empezaba á su vizar; y en efecto, se ha visto antes que se habia puesto en libertad á los confesores de Roma y de Cartago hácia aquel mismo tiempo poco mas ó menos, despues de permanecer un año presos. Mucho contribuirían á esta blandura la insurreccion de varios generales que aspiraban al imperio, y las incursiones de los bárbaros en Tracia y en Iliria; y tambien se creyó sin duda que los cristianos debian estar bastante intimidados con tantos y tan multiplicados suplicios y con el gran número de apostasias que sobrevinieron; de manera, que ya no habia necesidad de emplear tanto rigor para

atajar sus progresos. No cesó enteramente la persecucion, aunque se disminuyó, y no tardaremos en ver aumentarse su violencia bajo el imperio de Galo, que fué el sucesor de Decio.

Luego que se experimentó alguna intermision, una crecida porcion de apóstatas, no pudiendo sufrir con paciencia verse separados de la Iglesia, pidieron con instancia su reincorporacion en la comunión de los fieles. Este solícito anhelo, que se habia manifestado ya otra vez, dió lugar á dos opuestos cismas: uno propendia á destruir la penitencia mediante una indiscreta facilidad; otro desesperaba á los pecadores quitándoles toda esperanza de reconciliacion. El primero turbó principalmente la Iglesia de Cartago y subsistió poco: el segundo se originó en Roma por la ambicion de Novaciano, y trajo en pos de sí consecuencias mas extensas y durables. Ambos dieron ocasion á San Cipriano para acreditar todo el ardor de su celo; y como á él se debe con mas especialidad su extirpacion, es necesario que pintemos á este santo obispo, cuyo talento y virtudes brillaron tanto, para exponer despues el mérito que contrajo.

Cipriano fué natural de Cartago, de familia distinguida y de la primera categoria entre los señadores de aquella. Una cuidadosa educacion, unida á sus felices disposiciones naturales, hizo que muy pronto se hallase iniciado en todas las ciencias. Sobre todo, fueron rápidos sus progresos en la filosofía y literatura, y llegó á ser tan elocuente, que se le escogió para dar lecciones públicas de oratoria. La reputacion que al momento adquirió en esta ocupacion, y el crédito que le daban su nacimiento y riquezas, atrajeron á su estudio multitud de clientes y amigos que por todas partes le acompañaban para obsequiarle y participar de la consideracion que gozaba. Pasó sus primeros años entre los errores y desórdenes del paganismo, y no le abandonó sino despues de largas y maduras reflexiones. Detentale la dificultad de romper antiguos hábitos, y renunciar á ciertas pasiones fortificadas por el tiempo y casi convertidas en necesidad. Pero por último, la fuerza de la gracia y la evidencia de la verdad triunfaron de todos los obstáculos, y pidió y recibió el bautismo en el año 246. Sirvióse Dios para su conversion de un santo sacerdote llamado Cecilio, con quien tuvo varias conferencias sobre la excelencia de la religion cristiana y los absurdos del paganismo. Se cree que es el mismo de quien se habla en el diálogo de Minucio Felix. Tanto reconocimiento le guardó siempre San Cipriano, que le miraba como padre, y aun tomó su nombre y le añadió á los suyos propios, de modo que se llamaba Tascio Cecilio Cipriano. Cecilio por su parte no dejó tampoco de considerarle como á su mejor amigo, y le recomendó al morir su muger y sus hijos.

Muy poco despues de bautizado escribió San Cipriano á su amigo Donato, que se bautizó cuando él, una carta en que se describen los efectos maravillosos que en él produjo este sacramento.

Dice en ella: "Cuando yacia en las tinieblas de una profunda noche, y fluctuando en el borrascoso mar del mundo, no era guiado por la antorcha de la verdad para caminar rectamente; me parecia imposible la creencia de todo lo que se me anunciaba de la bondad de Dios para salvarnos. No comprendia que un hombre pudiese renacer para empezar una nueva vida, y que lavándose en las aguas del bautismo, pudiera el cristiano despojarse enteramente de sus antiguos hábitos y llegar á constituirse un hombre nuevo y diferente, animado de diverso espíritu, dirigido por otras pasiones, pensamientos é inclinaciones diferentes y aun contrarias, conservando en ambos estados un mismo cuerpo. A una mera ilusion comparaba yo semejante mudanza. ¿Cómo se puede romper de pronto tantos y tan poderosos vínculos, destruir inclinaciones y vicios que han echado en nosotros tan profundas raíces, ya sean connaturales, ya hayan adquirido el mismo imperio y fuerza que los primeros por efecto de una larga costumbre? Esto repasaba yo continuamente entre mí mismo, porque entregado á diferentes pasiones, de que nunca juzgué me podria libertar, queria mejor ser esclavo de ellas, que poner los medios ni hacer algun esfuerzo para combatirlas; y desesperado de poderme enmendar, hisonjaba mis inclinaciones que llegaron á ser como naturales. Mas cuando el agua vivificante borró la suciedad de mi alma y Dios me iluminó con su divina luz; cuando el celestial espíritu descendió á mí y me convirtió en hombre nuevo, inmediatamente, por un misterioso efecto, todas mis dudas fueron aclaradas, mis tinieblas disipadas, mis dificultades desvanecidas. Lo que habia yo creído imposible, no solo me pareció practicable, sino dulce y fácil."

Los paganos llevaron muy á mal, y se consideraron como ofendidos por la conversion de San Cipriano. Criticábanle porque teniendo un talento que le facilitaba aspirar á todo cuanto deseaba, se hubiera envilecido hasta el punto de creer fabulas ridiculas y cuentos de viejas, pues así trataban las verdades sublimes del cristianismo, cuando ellos mismos se entregaban á las mas inconcebibles extravagancias. Lejos de titubear por estas burlas, se vió desde el principio á San Cipriano hacer brillante ostentacion de su fé viva, practicando las mas perfectas máximas del Evangelio. Se despojó de sus bienes, que eran considerables: vendió sus tierras y haciendas, y distribuyó su importe entre los pobres, sin reservar siquiera para sí los jardines que poseia en las inmediaciones de Cartago. Abrazó la perfecta continencia: destruyó sus inclinaciones con los ejercicios mas austeros y mortificantes: renunció todas las esperanzas del siglo; vivió humilde y recogidamente, ocupándose en la meditacion de las Sagradas Escrituras, que leia con el mayor ahinco, no para retenerlas en la memoria, sino para sacar de ellas la regla de su conducta. Aplicábase tambien á la lectura de los escritores eclesiásticos, y principalmente de Tertuliano, á quien es-